

## VIAJE A LA TIERRA DE LOS ELFOS

En este día os voy a contar una historia, la de un viaje mágico y lleno de aventuras. Quien hubiera dicho, como este viaje nos llevaría a un lugar sacado de una novela, quien sabe si algún día inspire a un gran escritor; pero por ahora solo os lo narraré.

Todo comenzó apenas quince días antes de que nuestra familia pisara esas tierras frías, después de todo, el verdadero viaje comienza cuando surge la idea de este. De la noche a la mañana lo decidimos y en un abrir y cerrar de ojos ya teníamos los billetes de tren, avión y del que sería nuestro transporte allí. También por supuesto, las rutas que recorreríamos durante nuestra estancia, la que nunca olvidaríamos, de nuestro viaje a Islandia. Billetes, hoteles, coche, ropa, comida; solo nos faltaba decidir que visitaríamos. Colgamos un mapa de Islandia en la pared, de la que sería nuestra sede del viaje. Empezamos a poner chinchetas de colores por todas partes, desde cascadas, monumentos y lugares de carácter mágico, esto llamó nuestra atención, pues según las leyendas y tradiciones Islandesas es tierra donde vivían “Elfos”, “Duendes” y “Troles”, quien sabe quizá nos entrábamos a alguno en el camino. Hecha la ruta, y todo organizado era hora de partir, con una maletita cada uno y una grande llena de comida. No sabíamos que nos aguardaría exactamente; lo único que teníamos seguro, es que sería una maravillosa aventura.

Un 28 de Agosto, emprendimos camino a Barcelona en el tren, estábamos tan emocionados, cada uno por una cosa distinta, que quizá por eso el viaje se nos pasó volando. Esa misma noche echamos a volar desde el aeropuerto del Prat, y vimos como las luces de la península Ibérica se iban alejando y desapareciendo en la oscuridad, acercándonos más a nuestro destino. Pisamos tierra, nervios a flor de piel, un país diferente en todos los sentidos, clima, lengua y horarios. Llegamos al aeropuerto internacional de Reikiavik, era muy pequeño comparado al que habíamos dejado unas horas atrás. En la puerta del mismo nos esperaba el autobús que nos llevaría al hotel donde repondríamos fuerzas para continuar la aventura. Fuimos los últimos en bajar del pequeño transporte de grandes ruedas. Nuestro lugar de descanso se trataba de un pequeño hostel localizado a las afueras de la ciudad, la recepción estaba cerrada y no teníamos a nadie que nos estuviera esperando; nos habían dejado un sobre con las llaves de la habitación pegado en la puerta, después de todo Reikiavik es una de las ciudades más seguras del mundo. En apenas veinticuatro horas habíamos cogido: dos trenes, un avión, un autobús y un coche, solo nos faltaba un barco.

El 29 de Agosto, nos dividimos para ahorrar tiempo, unos organizaríamos nuestras cosas y otros recogerían el coche, el cual tardó en llegar, pues se perdieron en el camino de vuelta. Pero bueno, los viajes están llenos de contratiempos, si no serían aburridos. Coche cargado, es hora de meternos en la carretera principal del país y casi única “R1”, también conocida como “Ring Road”. Esta vez me tocó ir atrás, las primeras horas de coche estuvimos casi en silencio con la excepción del ruido del motor y aislados comentarios de admiración, el resto del tiempo solo mirábamos por la ventanilla y veíamos como nos alejábamos de la costa atlántica y nos adentrábamos entre las pequeñas montañas rodeadas de prados verdes y colchones de musgo. El primer día teníamos una larga lista de cosas por visitar, en apenas unas horas llegamos a la primera parada, donde encontramos según la tradición islandesa el lugar donde residían Gnomos y Troles, allí se dedica un culto especial a estos seres fantásticos por lo que en las cercanías a las esculturas de los troles, la gente hace montañitas de piedras, una piedra un deseo, ya que se considera que si a estos seres les gusta te lo concederán. Un poco más adelante, pudimos ver el por qué consideran la tierra de Islandia, la tierra del fuego. Un río



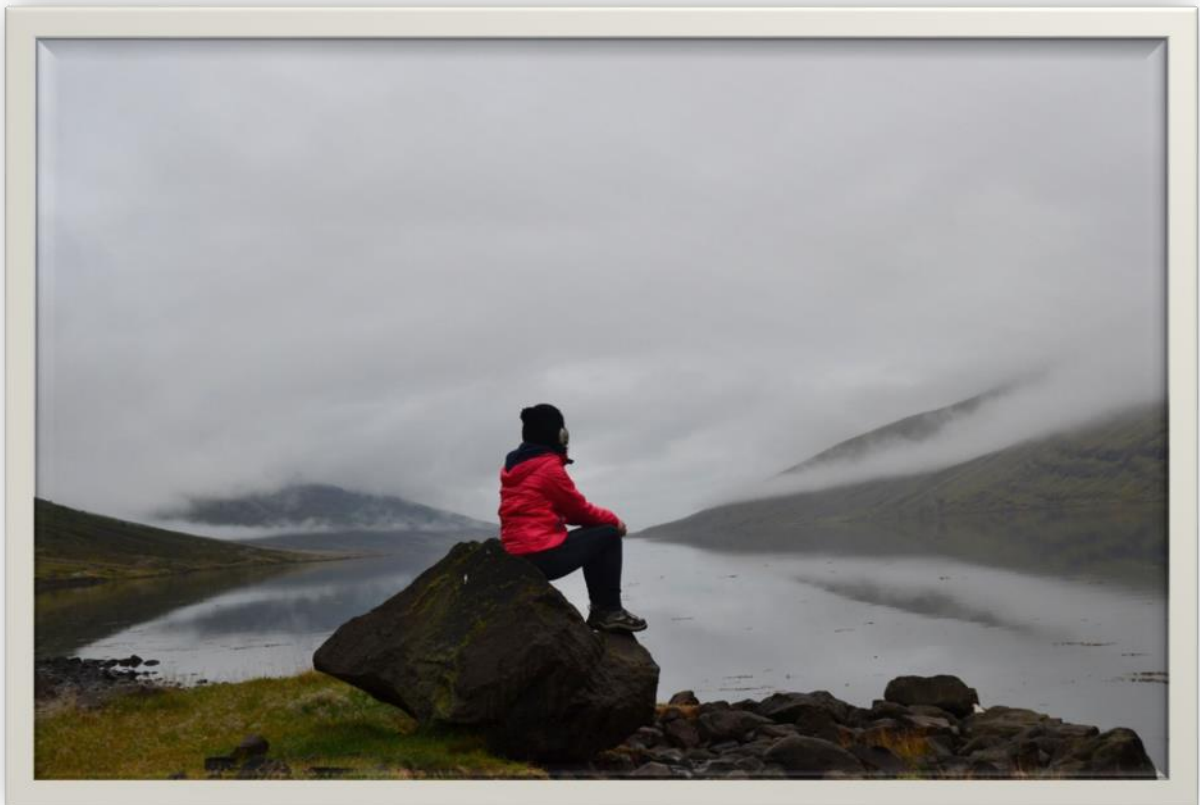
donde al agua hervía en la naturaleza, quien sabe si en invierno se pueden calentar gracias a esa agua, eso sí mejor no te acerques demasiado, que te quemas. Montándonos en el coche de nuevo se podían ver numerosos tejados e iglesias de colores, junto con los impresionantes paisajes, no sentías el paso del tiempo. Por fin llegó nuestra primera cascada, que emoción, mientras llegábamos nos sobrevoló de repente un dron, quizá más grande que nuestras cabezas, y de pronto la vimos, Hraunfossar. No es que fuera la primera vez que viéramos una cascada, pero sí una como esa, varios pisos de caída de agua, todo esto a lo largo de un río, simplemente nos quedamos sin palabras. Me temo que en ese momento mi padre cometió un error, dejarme la cámara de fotos; solo quería recordar ese lugar, y cada uno de sus detalles. No tenía ni idea de que solo era el principio. El resto del día, aunque igual de intenso; habría sido mentira si hubiera dicho que íbamos más relajados. Continuamos viendo otra gran cascada, aunque un poco más pequeña, pero más intensa y fuerte que la anterior. Si preguntas a alguien si en Islandia hay muchas cascadas y te dirá que sí, no pienses que miente, pues hay millones.

Por supuesto, no podíamos dirigirnos hacia el hostel sin haber visto un volcán, o al menos en este caso ya solo era un cráter volcánico, que en su día destrozó algún pueblo, se trataba de los cráteres Grábrok. La sensación de subir hasta su cima fue indescriptible, desde allí arriba se podía ver, si te fijabas bien incluso la cascada que habíamos visitado un rato antes, se veía todo el valle. Eso sí, costó mucho subir las escaleras que llevaban al cráter, pero mereció la pena. Ya se acababa el día, había sido largo, aunque se quedaría grabado en nuestras memorias al igual que el resto de los días. Empezaba a anochecer y con ello llegaba el frío también influiría el hecho de haber llegado al norte de Islandia. En un solo día recorrimos más de 300 Km, pudimos contemplar antes de llegar a nuestro primer destino el atardecer desde las costas del norte de la isla.

Un día acababa y otro día comenzaba, a pesar de solo llevar un día, sentíamos que llevábamos allí toda una eternidad. Estábamos en nuestro elemento. Este día fue mágico, esa es la mejor

palabra para describirlo; pasamos de estar en navidad con papá Noel, a los paisajes del mismísimo norte de “Juego de Tronos”. Y como no, una señora cascada, las del día anterior podrían ser bebés comparadas con esta. Sería incapaz, aunque os lo intentaré describir la sensación de poder sentir con tu propia piel el calor de Islandia, quien lo hubiera dicho, calor en la tierra del hielo como su propio nombre indica “Iceland”. Las piscinas naturales Myvath, con un agua más que caliente y un poco de olor a azufre, y sus cascaditas de masaje, era maravilloso, un baño capaz de quitar todo el estrés que pudieras llevar de golpe o mejor dicho, como un cubo de agua bien calentita. Hablando de agua, si bien recordamos el comentario de las cascadas bebés, lo que vimos al final de ese día, desmoronaba la idea de cascada que traíamos de casa. Detifoss y Selfoss. Torrentes de agua cayendo a más de 100 metros de altura, rodeados de piedras negras volcánicas, todo un sueño irreal y difícil de imaginar, si no se ve; de hecho en mi cabeza es como un sueño, a pesar de haber estado yo misma allí.

Demasiadas emociones en un mismo día, para no haber realizado mucho recorrido, a medida que andábamos kilómetros en carretera, el paisaje iba cambiando, de prados verdes a un paisaje lunar volcánico sin apenas vegetación, a otra vez prados verdes. Por supuesto, como se me iban a olvidar, ciertos animales que te acompañan por casi todos los lugares de este paraíso de fantasía, las ovejas, sí, has leído bien; esos pequeños animales peludos y redondos estaban por todos los lados, aparecían como moscas, irónicamente siempre iban en grupos de tres en tres.

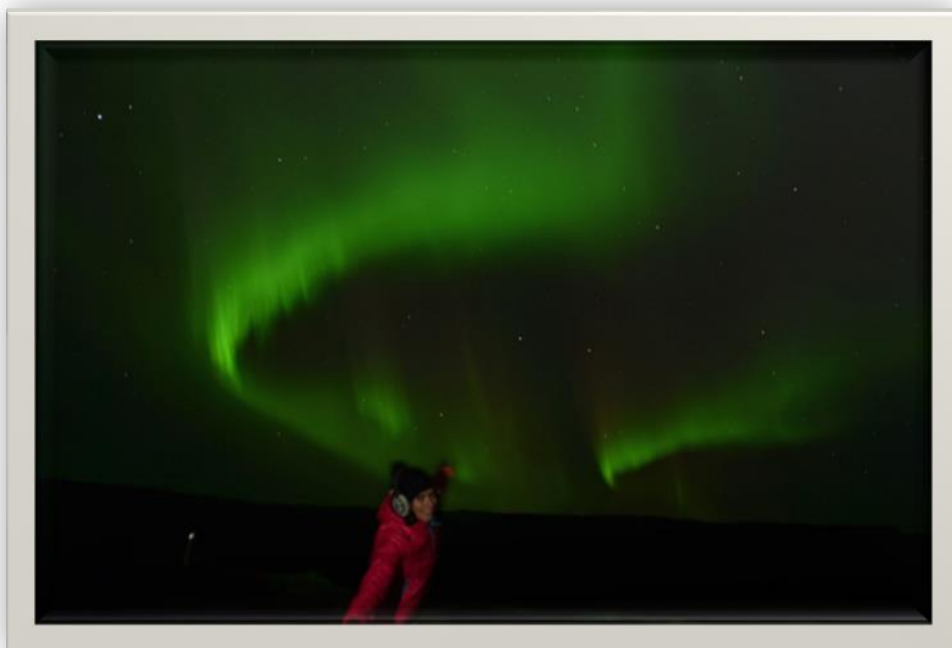


Increíble, dos días ya, como pasa el tiempo, ahora haciendo memoria parecía que este día había sido más tarde. Al igual que el día anterior, había sido mágico, este fue un tanto terrorífico en un principio, lleno de carreteras con niebla, barcos abandonados y encallados en un fiordo infinito y monstruos en un lago. Todo esto parece una novela, pero ya lo dije, es un país de utopía. Fantasía y polar, estamos en Islandia o en el polo norte, es lo que pensé cuando

llegamos a la primera parada del cuarto día de viaje. El Jökulsarlón, aquello era el polo en todo su esplendor, bloques de hielo y alguna foca despistada, captando nuestra atención, entre los bloques de color blanco puro. Comparado con el glaciar, por el que tuvimos la tal maravillosa suerte y oportunidad de caminar sobre él, el cual era de un color grisáceo por la lava del volcán. Los crampones clavándose en el hielo a cada paso, el paisaje desértico y glaciar, con el guía islandés, otro planeta sin igual.

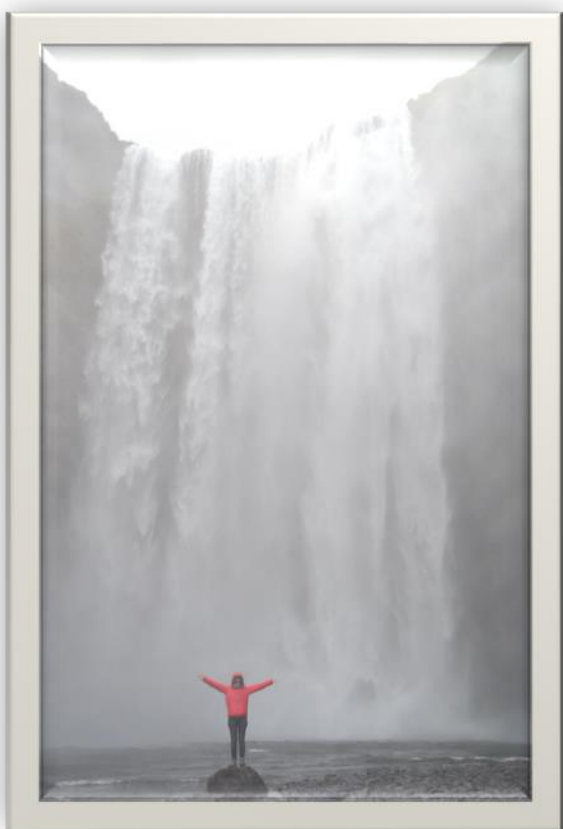


Y con tal extraordinario sabor de boca nos fuimos a nuestro siguiente alojamiento, nos sentimos como en casa, porque en él se encontraba un gran grupo de españoles. Aunque hay que reconocer que eso no fue lo mejor de la noche, pues pudimos contemplar un espectáculo nada esperado. Reciben muchos nombres, como las luces del norte, pero nosotros preferimos llamarlas "Auroras Boreales". Si las fotos y algún video que se encuentran navegando por internet son increíbles, verlas en la realidad es algo más que mágico, colores verdes y rosas



bailando en el cielo al son de la noche, en la más completa calma y oscuridad, solo podíamos articular sonidos de emoción e incluso algún llanto de alegría. Pues es algo que nunca podrías haberte imaginado ver alguna vez en tu vida.

Al día siguiente, a pesar de no haber dormido un mínimo de horas razonables, más de uno nos despertamos aquella mañana con la canción de Mecano, "Hoy no me puedo levantar", pero no se podía perder el tiempo, teníamos muchos planes para ese día. Mientras desayunábamos aparte de seguir pensando en la maravillosa obra de arte natural que habíamos visto la noche anterior, también me preguntaba qué tipo de paraíso paisajístico veríamos ese día. Solo una palabra "Volcanes", eso fue lo principal que pensé y cascadas, las más grandes las veríamos esos días, y por lástima las más turísticas, porque la verdad, una de las cosas que más nos gustó de Islandia era la infinita tranquilidad que se respiraba en todas partes. Aun así, no se



puede negar las maravillosas y espléndidas obras naturales que invaden la isla, playas, cañones, montañas y volcanes; mejor dicho el volcán. Ese día pasé un poquito de miedo, el país se encontraba en nivel alto de alerta por uno de sus grandes monstruos de fuego, el cual pedía a gritos despertar. Por suerte no fue así y sigue durmiendo, por ahora. El Katla, el compañero del volcán que puso en el mapa a Islandia, a pesar de ser tan destructivo, tenía unas preciosas vistas, eso sí no diré su nombre, solo os diré que es "innombrable". Ese volcán fue el que nos vigiló nuestros sueños esa noche, dormimos a unos pocos kilómetros de él, temerosos, sí, pero maravillados.

Y que puedo decir más, se nos acababa ya este mágico viaje, al día siguiente volvimos a su capital, como no, parando en algunos muy significativos como es la gigante y gritona cascada de Gullfoss que con solo

acercarte no podías escuchar nada más que su estruendo; el conocido Geysir y el parque nacional del país, que es bicontinental, no sabíamos si estábamos en Europa o en América.

Ya en la capital, nos adentramos en sus casas de colores, parques, cafeterías, tiendas, nada fuera de lo común y a la vez un nuevo universo. No os voy a mentir, Islandia es de los pocos países que parecen ir a su bola en este mundo, quien no querría vivir en un país así.

Veinticuatro horas después, nos preparábamos para volver a España habiendo resultado el viaje tan corto y a la vez tan largo. A lo mejor habría que volver por estas tierras alguna vez más, ya que no pudimos vislumbrar ningún Elfo.